

NECROLOGÍAS

Mariano YELA GRANIZO «IN MEMORIAM»

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Antonio MILLÁN PUELLES

Sr. Presidente, Sres. Académicos, Sra. viuda e hijos de nuestro queridísimo compañero D. Mariano Yela:

Cuando en su momento pedí autorización para hacer uso de la palabra en esta sesión necrológica, me movió a ello, muy en primer lugar, la intensa y larga amistad que con Yela mantuve. No fue la nuestra una amistad íntima en la más plena acepción, porque el asiduo trato que para ella se requiere quedó obstaculizado y materialmente impedido por las sucesivas divisiones y separaciones, más burocráticas que científicas de la Facultad en la que inicialmente coincidimos. Sin embargo, a pesar de todos esos inconvenientes, mi amistad con Yela fue de una gran cordialidad, deparándome el extraordinario beneficio de recibir el ejemplo de uno de los hombres más cabalmente humanos entre los que he tenido la fortuna de conocer.

Antes de entrar de lleno en lo que pienso que debe ser mi aportación más propia en este acto, quiero dar lectura a una serie de datos, cuya sola enumeración es ya por sí misma un homenaje a nuestro desaparecido compañero. Por mucho que yo pretenda abreviarla para limitarme a lo más esencial, la enumeración de estos datos no puede dejar de concretarse en una lista de distinciones y títulos tan copiosos como los siguientes: miembro de la American Psychological Association y de la Psychometric Society; cofundador y organizador del Departamento de Psicología Experimental del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y director de la Asociación de Psicometría; miembro fundador y directivo de la Sociedad Española de Filosofía; miembro fundador de la Sociedad Española de Psicología y presidente de ella desde 1973; cofundador de la Escue-

la de Psicología y Psicotécnica de la Universidad Complutense de Madrid; miembro del Comité Directivo de la Association de Psychologie Scientifique de Langue Française; miembro del Comité Directivo de la Unión Internacional de Psicología; editor consultor del International Journal of Psychology y el mismo cargo en el German Journal of Psychology; censor de esta Real Académica de Ciencias Morales y Políticas; vocal del Patronato de la Fundación Universitaria Española (actualmente presidida por nuestro compañero Antonio Garrigues); doctor honoris causa en Psicología por la Universidad Pontificia de Salamanca, medalla de honor de la Universidad de Lovaina; miembro de honor del Colegio Oficial de Psicólogos, doctor honoris causa de Psicología por la Universidad de Oviedo, etc.

Sobradamente conocida es su docencia como catedrático de Psicología en la Universidad Complutense. Todos sus alumnos conservan un imborrable recuerdo de la claridad y densidad de sus lecciones. Por lo que atañe a la obra escrita de Yela, la sola mención de los datos bibliográficos ocuparía un espacio muy superior al que razonablemente podría yo dedicarle en estas páginas. En consecuencia, y dado que otras personas se ocuparán, en esta misma sesión, de los aspectos no propiamente filosóficos de los escritos de Yela, me referiré exclusivamente a los aspectos específicamente filosóficos de estos escritos. Lo que sobre todo me interesa destacar es que la psicología cultivada por Yela no fue nunca meramente empírica ni positivista. Los trabajos de psicometría que él llevó a cabo se encuadran en una visión general radicalmente filosófica, de la psicología y, más en concreto, de la «Psicología de las facultades». Ya es elocuentemente sintomático el hecho de que Yela no tuviese el menor reparo en hacer uso del término «alma», según puede observarse incluso en el título mismo de alguna de sus obras, manteniendo el sentido fuerte de este término y sin compartir la actitud de quienes pretenden sustituirlo por otras expresiones menos comprometidas y más próximas a la pura y simple superficie de los hallazgos empíricos.

La noble tradición del vocablo «facultades» ha sido, de hecho, recobrada por la teoría del «análisis factorial». A esta teoría (o, si se prefiere, el análisis correspondiente) han contribuido psicólogos de la talla y el prestigio de Spearman, Thurston, Kelly, etc., junto a los cuales, y en su mismo nivel, se encuentran las aportaciones de Yela en sus escritos psicométricos. Personalmente, más que las conclusiones cuantitativas de estos estudios (merecedoras, sin duda, de muy atenta consideración), me interesa la relevancia filosófica, y psicológica por supuesto, de las nociones básicas del análisis factorial. La sinonimia efectiva que estas nociones mantienen con la tradicional idea de las facultades se pone de manifiesto con la común raíz —*fac*— de la palabra «factor» y del término «facultades». Y, en definitiva, debe observarse lo mismo en relación a vocablos tales como «apetitud», «vector», «unidad funcional», «capacidad» y otros semejantes, continuamente empleados en la jerga psicométrica de los autores a los que vengo refiriéndome. Por lo demás, quiero también dejar bien claro de que la vertiente filosófica

de la psicometría va unida en Yela al cultivo de los más rigurosos métodos empíricos y experimentales, no calificables de empiristas porque el empirismo es un abusivo reduccionismo incompatible con el espíritu científico de nuestro gran psicólogo.

Una «anécdota» que, haciendo uso del lenguaje dorsiano, considero dotada de la significación de una «categoría», me la suministra la defensa, incidentalmente realizada por Yela, de la expresión «virtus dormitiva», tan denostada por quienes nunca dieron buena prueba de haber sabido entenderla en su objetivo y verdadero alcance. Yela justificaba esa expresión aclarando que, al atribuir una «virtus dormitiva» a una sustancia, no se trataba de otra cosa que de reconocerle a la sustancia en cuestión una capacidad para hacer dormir. El término «virtus» no pretendía designar ningún mecanismo explicativo de cómo lograr su efecto la sustancia dotada de la capacidad en cuestión. Todo su alcance semántico se limitaba a la descripción de esa misma capacidad. Por consiguiente, las ironías y los sarcamos contra el uso escolástico del término «virtus» en esa ocasión, y en otras muchas, tenían su base en un maniqueo inventado. Así lo supo ver Yela y así se atrevió a decirlo.

Por el testimonio del propio Yela tuve conocimiento de que últimamente se ocupaba del concepto aristotélico del *nus poietikos*, el *intellectus agens* de los seguidores latinos de Aristóteles en la escolástica medieval y posterior. Se trata de una facultad de la cual no somos conscientes, a diferencia de la que suele designarse con el nombre de entendimiento (en su acepción vulgar). ¿Por qué afirmar la existencia de un «entendimiento agente» si semejante facultad no es ningún dato de la conciencia? A mi modo de ver, la razón de que Yela advirtiese este poder hubo de ser la misma que movió a Aristóteles a afirmarlo. Todos nuestros conocimientos proceden inicialmente de los sentidos pero tan cierto como ello es también que tenemos conocimientos universales, basados en la experiencia personal y, sin embargo, irreductibles a ella. Sólo cabe explicar esta situación de nuestra mente si disponemos de una facultad abstractiva que ilumina lo universal en lo individual sensible. La complementación aristotélica de experiencia sensible y razonamiento no fue contraria, ni en este caso ni en otros muchos, al modo de pensar que se advierte en las enseñanzas de Yela.

Quiero referirme ahora a los inicios de mi conocimiento personal de nuestro muy querido compañero y amigo. Mi primer contacto con él se debió a una circunstancia extrapersonal y, en cierto modo, administrativa. Se había presentado Yela a unas oposiciones a adjunto de Cosmología y Psicología en la Universidad ahora llamada Complutense y que no recuerdo muy bien si seguía entonces con el nombre de Universidad Central, como en otros viejos tiempos. El caso es que yo, recién ganada la Cátedra de Fundamentos de Filosofía, resulté elegido miembro del Tribunal para la adjuntía mencionada y que estaba presidida por D. Juan Zaragüeta. Formaba también parte del mismo Tribunal mi maestro Leopoldo-Eu-

logio Palacios. El único opositor que se presentó fue precisamente Yela. Sus ejercicios han quedado grabados en mi memoria como unos de los más brillantes y excepcionalmente documentados y profundos entre los muchos que he tenido ocasión de juzgar. Debo insistir en que se trataba de cubrir una vacante de adjunto de Cosmología y Psicología, pues las noticias que el presidente del Tribunal nos había dado acerca de la excelente preparación psicológica del opositor nos hicieron muy comprensible el elevado nivel de conocimiento que Yela mostró en los temas psicológicos, pero lo que más nos sorprendió a todos, incluso al propio Zaragüeta, fue la óptima calidad de los conocimientos cosmológicos del aspirante a la plaza. Recuerdo siempre como una gratísima sorpresa, el hecho de que Yela había leído concienzudamente el tratado de «Cosmología» de P. Hocnen, que por aquellas fechas era apenas conocido. Y recuerdo también la auténtica maestría con que Yela desarrolló el comentario a un texto, que se le propuso, de la física de Aristóteles.

Doy ahora un gran salto en la biografía de Yela y me traslado a su postrera etapa. Las últimas veces que le vi, sin que yo tuviese noticia de que su salud no era muy buena, mi pregunta «¿Qué tal Mariano?» era respondida siempre en estos términos: «Yo, muy bien; mi cuerpo muy mal». Me dice D. José Luis Pinillos que esa misma respuesta le daba a él, y otro tanto asegura nuestro presidente Enrique Fuentes Quintana. Por mi parte, debo decir que no le di mucha importancia a lo que Yela afirmaba sobre su cuerpo, de tal manera que me pareció una noticia de algo ya superado y de lo cual no quedaba ya otra cosa que unas pocas secuelas sin mayor importancia. Lo que, en cambio, me llamó bastante la atención fue el distingo que Yela establecía entre él mismo («yo») y el cuerpo respectivo («mi cuerpo»), hasta el punto de sostener que el primero estaba muy bien y el segundo muy mal. En la segunda ocasión que me formuló el distingo, no pude reprimir la tentación de explicarlo (y así se lo dije expresamente) con un efecto del influjo de Ortega; quiero decir, del influjo del pensamiento de Ortega acerca del yo. No rechazó esta explicación nuestro compañero. Indudablemente, éste conocía la tesis orteguiana del cuerpo como algo que el hombre *tiene*, pero que, en cambio, *no es*. Me tomaré la licencia de explicar, sobre la marcha, la razón de que yo no admita la concepción orteguiana del yo. Según esta concepción, el yo consiste en un proyecto, es un proyecto o programa de vida. A mi modo de ver, el yo es, por el contrario, el agente o sujeto activo de sus propios proyectos; no ninguno de los proyectos o programas trazados, sino quien los traza o concibe, llevándolos luego a la práctica con mayor o menor fidelidad, o dejándolos incumplidos.

No expuse yo estas razones a nuestro querido Yela. Simplemente, le dije que la tajante distinción entre el yo y el cuerpo respectivo no es —no puede ser— aristotélica. Me pareció que Yela estaba conforme con esta aclaración, pero que su respeto a Ortega le impedía dar un paso más, aunque su admiración

del pensamiento aristotélico le inhibía, también, de una plena conformidad con el orteguiano.

Dándole vueltas al «yo, muy bien; mi cuerpo, muy mal», del Yela de sus últimos meses, he llegado a la conclusión de que el distingo entre el cuerpo y el yo que lo posee tenía una significación profundamente cristiana. Por supuesto, no es que el cristianismo rechace la unidad esencial del cuerpo y alma humanos. Justamente, la ruptura de esa unidad es, para el cristianismo, la muerte del hombre en tanto que hombre, quedando así esta muerte definida como separación del alma y el cuerpo de un ser humano. Pero también es cierto que en la antropología cristiana el cuerpo y el alma no aparecen situados en un mismo nivel, como dos coeficientes de igual valor, sino que se reconoce una jerarquía, una estratificación axiológica, por virtud de la cual el alma es muy superior al cuerpo. De esta superioridad derivan muy diversas consecuencias, entre las cuales no son las menos importantes las de carácter moral. Pero hay también otra consecuencia que yo calificaría de «premoral», y es que el cristiano se identifica más con su alma que con su cuerpo. La realidad de su yo, más que la de su cuerpo, es la de su alma. Y así me explico lo que decía Yela cuando daba la respuesta que en su última etapa le oíamos cada vez que le preguntábamos como estaba. Me he extendido mucho en este punto porque en definitiva, me parece revelador de una de las más esenciales claves de la personalidad de Mariano Yela: su arraigado y entrañable cristianismo.

Esta misma clave radicalmente cristiana de su personalidad quedó puesta de manifiesto en muchas de sus aportaciones a esta Real Academia. El reconocimiento del valor y alcance de la materia y de las exigencias materiales en la vida humana, junto con la inequívoca recusación del materialismo ontológico y psicológico, hicieron frecuente acto de presencia en esas intervenciones de Yela en nuestro Instituto, y es bien patente su hondo sentido cristiano. Y merece indudablemente una mención especial, en la misma línea a la que estoy ahora refiriéndome, la interpretación hecha por Yela del significado del trabajo en la realización del ser del hombre, tanto como individuo cuanto como provisto de una dimensión naturalmente social.

Personalmente, fue Yela un trabajador incansable, auténticamente ejemplar. Y, sin embargo, nunca le vi agobiado por sobrecargas y urgencias. Si las tuvo, y realmente no cabe que se viese por completo libre de ellas, las soportó con discreción y señorío. Creo que siempre conservaré en la memoria la imagen de este modelo de serenidad laboral y de humana y cristiana reciedumbre. Y, junto a ello, y por poner término a esta intervención mía, quiero también dejar explícita constancia de otra de las virtudes que más claramente definían su singular personalidad. Fue Yela una de las personas más ecuanímes que a lo largo de mi vida he conocido. Dotado de una gran sensibilidad y capaz de grandes entusiasmos tenía, no obstante, un acentuado sentido de la moderación, que le evitaba

toda clase de fanatismos. Tal vez por ello su capacidad de persuasión era verdaderamente excepcional; pero, a mi modo de ver, era, si cabe, más digno de admiración su saber ponerse en el lugar del prójimo, asumiendo su perspectiva, aun en el caso de una franca discrepancia. Yo he tenido la suerte de recibir, en abundantes ocasiones el beneficio de esta generosa virtud de nuestro querido e inolvidable Yela.

**por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Víctor GARCÍA HOZ**

En estas palabras, que quieren ser recuerdo y homenaje a Mariano Yela, no pretendo describir su ingente y universalmente conocida labor como investigador y profesor de Psicología. Intento sencillamente dejar constancia explícita del interés que los trabajos y la vida de Mariano Yela tienen para la Pedagogía.

Hay un factor externo que, sin duda, condicionó la peculiar atención que prestó a los estudios pedagógicos. Cuando se incorporó con pleno derecho a la docencia universitaria, existían en la Facultad de Filosofía y Letras dos cátedras de Psicología, una situada en el plan de estudios de la Sección de Filosofía, y otra encuadrada en los estudios de la Sección de Pedagogía. Por aquel entonces no se había creado la Sección de Psicología, a la que se habría de incorporar, respondiendo a su específica vocación, el profesor Yela Granizo; empezó a desempeñar su cátedra en el marco de la Sección de Pedagogía.

Vale la pena mencionar también su labor en la Escuela de Psicología de la Universidad de Madrid, llamada entonces Central. Yela fue oficialmente Secretario pero, según manifestaciones del propio Director oficial, D. Juan Zaragüeta, dirigió en realidad los trabajos de la Escuela. Una de las tres secciones de que constaba era la de Psicología pedagógica; dado que yo era el responsable de ella, tuve ocasión continua de apreciar el interés que nuestro amigo tuvo por los problemas pedagógicos y el apoyo eficaz que prestó a la Sección.

Pero no se trata simplemente de una influencia marginal. La propia vocación psicológica de Yela prestó un impagable servicio a la Ciencia de la Educación y a su aplicación práctica. Trabajó en el Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en un incipiente Departamento de Psicología Experimental, con el Padre Barbado y el Dr. Germain. Becado por el Consejo, fue

a los Estados Unidos, donde su vocación psicológica plasmó definitivamente bajo la influencia de Thurstone, del que fue un aventajado discípulo.

Thurstone fue una de las grandes figuras del análisis factorial. Como es sabido, este método matemático-experimental fue iniciado por Spearman, a principios de siglo. Fundada en la existencia de lo que él llamó ecuaciones tétradas, la teoría de este autor explica la vida mental como acción de dos tipos de factores: el factor G, de carácter general, que interviene en todos los actos mentales, y los factores S, específicos para cada acto particular que se realiza.

La teoría inicialmente bifactorial de Spearman fue corregida en el segundo tercio del siglo por el concepto multifactorial, en el cual se entiende que la vida mental responde a la acción de algunos *factores primarios* de la inteligencia. Thurstone es, sin duda, el autor de mayor relieve en esta nueva corriente del análisis factorial. Justamente cuando Thurstone estaba desarrollando sus investigaciones llegó Mariano Yela a los Estados Unidos y se incorporó al grupo de trabajo del mencionado profesor. Mariano Yela sería después uno de los grandes maestros del análisis factorial.

Entre los factores mentales primarios que se han aislado mediante el análisis factorial, figuran con especial relieve los factores verbal, numérico y espacial. Yela dedicó especial atención a este último. En uno de sus trabajos sobre la Psicología de la Inteligencia, menciona la *inteligencia espacial*, en la que destacan dos aptitudes complejas a su vez, la visualización espacial o capacidad para imaginar formas y figuras y sus transformaciones, dando lugar a la visualización estática y a la visualización dinámica, y la capacidad de comprender y manipular las relaciones espaciales que confieren un carácter técnico al quehacer intelectual y en las que se hallan comprendidas la orientación en el espacio, la orientación topológica, que aprecia relaciones de posición, y el razonamiento mecánico para resolver problemas de movimiento. La incorporación del factor espacial como uno de los elementos primarios de la vida mental, enriqueció los objetivos de la enseñanza escolar dando particular relieve a los conocimientos y manipulación de las cosas físicas. Al mismo tiempo, propició el desarrollo del lenguaje plástico en los quehaceres escolares. Si a esto se añade el interés que el factor espacial tiene en la identificación de aptitudes profesionales, se podrá entrever todo el alcance pedagógico que su identificación y cultivo tiene.

En el campo de los métodos de investigación experimental, que tan brillantemente cultivó, es particularmente valioso para la Pedagogía el estudio sobre el análisis como uno de los elementos de la investigación pedagógica, incluido en el volumen 5 del *Tratado de Educación Personalizada*, actualmente publicándose. Se trata de un fino estudio sobre el sentido que el análisis de datos, cuantitativo y cualitativo, así como el metaanálisis, tiene en la investigación empírica y en su aplicación a la investigación pedagógica.

También se debe destacar el valor profundo que reconoce en la persona humana, uno de los fundamentos de su concepto de educación como ejercicio y camino de libertad. Valga como apoyo a esta idea su publicación sobre *Educación y libertad*, editada bajo el patrocinio del Banco de Vizcaya.

En 1974 ingresó en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Durante veinte años trabajó con ejemplar asiduidad.

Y también en sus trabajos de académico son frecuentes sus incursiones a problemas pedagógicos. Vale la pena destacar entre ellos las reflexiones sobre «La formación del hombre en un mundo en desarrollo», que constituyen uno de los apartados del trabajo que sobre *Nuestro mundo. Posibilidades y riesgos* se publicó en los Anales de la Academia correspondientes a 1988. En ellas pone de relieve que el vínculo afectivo es el fundamento para «iniciar la formación de una personalidad más autónoma y libremente responsable».

Mariano Yela no fue sólo un investigador eminente. Es ejemplo claro del universitario que investiga pero no se encierra en su especialidad aunque acendradamente la cultiva. Sus compañeros de la Universidad, de la Academia, de los Centros de investigación y, pienso que más aún, sus numerosos discípulos, entre los cuales hay bastantes dedicados profesionalmente a la educación, guardan el recuerdo del carácter dialogante y cordial de una persona que hizo realidad el difícil tópicus de ser «un hombre bueno».

**por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. José Luis PINILLOS DÍAZ**

Tengo que hacerme violencia para escribir estas páginas sobre Mariano Yela. Me cuesta hacerlo porque, en el fondo, son como el reconocimiento oficial de un hecho que me resisto a admitir. Nuestra amistad era demasiado antigua para aceptar esta súbita y definitiva ruptura. Mariano Yela y yo nos conocimos de muy jóvenes en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Madrid, a principios de los años 40, aunque entonces todavía no nos tratamos mucho. Yo me había incorporado con retraso a la especialidad de «filosofía pura», que así se llamaba entonces la carrera, y él iba un curso por delante de mi. No sé muy bien cómo ni por qué, una vez terminada la carrera, los dos decidimos por separado irnos a estudiar psicología al extranjero, pues esta especialidad en aquellos momentos no existía en España, ni gozaba de muy buen predicamento. Yela se fue a Estados Unidos, y luego a Bélgica, y yo me fui a Alemania y después a Inglaterra. Al cabo de los años

nos volvimos a encontrar en el Departamento de Psicología Experimental que el Dr. José Germain, el principal eslabón de enlace con la psicología española de antes de la guerra, había creado en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Yela había participado en su fundación y, a su vuelta a España, le dedicó mucho esfuerzo, inteligencia y conocimiento. De ello puedo dar fe, porque en ese Departamento es donde realmente comenzó nuestra amistad. Salíamos de trabajar muy tarde, y nos íbamos a casa dando largos paseos, en los que hablábamos de nuestros proyectos, nuestras ilusiones y de todo lo divino y lo humano. A veces era tan tarde que teníamos que saltar una verja para salir del Consejo, que se cerraba a las diez de la noche. De cuando en cuando, acompañábamos al patrón Germaine hasta su casa, que nos daba noticias de la psicología en el mundo, y nos contaba historias de antes de la guerra sobre Ortega, Lafora, Mira y otros famosos de entonces, que escuchábamos con verdadera fruición.

Mariano había pasado varios años en Chicago con Thurstone, el principal artífice del análisis factorial en los Estados Unidos, y más tarde pasó también un tiempo en Lovaina, con el experimentalista Michotte. De Thurstone aprendió importantes conocimientos de psicometría y estadística, además del dominio de la técnica del análisis factorial. Ambas cosas le permitieron traer a la incipiente psicología española algo que la hacía verdadera falta, esto es, el rigor. Cuarenta años de incansable investigación y docencia en ese campo, en la Universidad española, pero también en Lovaina y en otras Universidades extranjeras, decenas de tesis doctorales dirigidas con puntual atención, publicaciones destacadas, y alumnos que hoy son brillantes catedráticos de esas materias ponen de manifiesto hasta qué punto Mariano Yela devolvió el ciento por uno de lo que le había dado Thurstone - que fue mucho, porque mucho podía y porque mucho apreciaba Thurstone a aquel español que un día llegó a Chicago a ver de qué iban las cosas de la psicología por el mundo.

La relación de Yela con Michotte no fue tan larga, pero también fue fructífera. Colaboró estrechamente con él en las investigaciones sobre la percepción de la causalidad, tema en el que Michotte era el número uno, y al que Yela hizo también, como en el análisis factorial, aportaciones personales. Las técnicas experimentales que aprendió en el laboratorio de Michotte le sirvieron luego para adaptarlas al Departamento de Psicología Experimental, al que se incorporó finalmente como secretario tras su larga estancia en el extranjero.

Pero en España no era fácil vivir de la psicología en aquellos momentos, y Mariano tuvo que dedicar una porción importante de su tiempo a la psicología industrial, y también a la organización de la psicología: del Departamento de Psicología Experimental, de la recién fundada Sociedad Española de Psicología y, sobre todo, de la Escuela de Psicología y Psicotecnia que había creado Germain, con la decisiva intervención del psicofisiólogo y dominico Manuel Ubeda, recién llegado de Canadá.

Luego vinieron las inevitables oposiciones. Mariano y yo las hicimos juntos, y limpiamente las ganó él. Muchas veces recordamos que en el ejercicio escrito en que nos encerraron juntos, a él le pusieron un tema sobre Wundt, del que estaba limpio, y a mi uno de Piaget, del que no sabía una palabra. Nos soplamos fraternalmente lo que sabíamos y conseguimos salir del paso. Luego Yela, ya de catedrático en Madrid, entró en la vorágine de la Universidad, de las conferencias, de los viajes, de las reuniones internacionales y en qué sé yo más. En esa época recuerdo que Mariano pertenecía al comité de la Unión Internacional de Psicología, y viajaba constantemente con Germain, de una a otra reunión.

Después, en unión de otros compañeros, Mariano y yo nos esforzamos en llevar la psicología a la Universidad, y finalmente lo logramos. A partir de entonces, la vorágine se transformó en un huracán, donde cada cual hizo lo que pudo. Yela pudo mucho, y aparte de ser el alma de la Sociedad Española de Psicología, de la que terminó siendo presidente; además de organizar y asistir Congresos de Psicología por el mundo entero aparte de eso y de otras muchas cosas que no es cosa de enumerar ahora, Yela ingresó en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas con un magnífico discurso, que se ha convertido en un clásico, sobre la estructura de la conducta. Durante los años 70, Mariano y yo íbamos mucho a Salamanca, a dar algunos cursos y a examinar a los alumnos de psicología de la Universidad Pontificia. Aquello era una delicia. Creo que no exagero si afirmo que fue una de las etapas más felices de la vida universitaria de Mariano, y también de la mía. Un día, a los dos nos hicieron doctores *honoris causa*, y aquello selló aún más nuestra amistad.

No sé qué más cosas podría añadir para hacer las cuentas de la fama de nuestro compañero Mariano Yela. Muchas, sin duda. En los últimos años estaba en uno de sus mejores momentos. Le habían hecho doctor *honoris causa* en la Universidad de Oviedo y, poco antes de morir, le hicieron miembro de la Academia de Ciencias de Nueva York. La lista de los honores era ya muy larga para enumerarla aquí. Pero una de las virtudes más importantes de Mariano, que no puedo dejar de mencionar, fue sin duda la entrega constante, generosa y sin límites con que se dio a la institucionalización de la psicología y a la elevación de su nivel científico. En más de una ocasión, yo le reconvine amistosamente, haciéndole ver que aquel esfuerzo era desmedido y se hacía a costa de su obra personal. Jamás lo negó; siempre me decía que era cierto, pero que no podía hacer otra cosa. Realmente, si hay alguna persona a quien la psicología española le debe lo que es hoy, esa persona es sin duda alguna Mariano Yela.

En los últimos tiempos, una vez convertidos ya en eméritos, la vida nos llevó por derroteros distintos. Aun así, nos veíamos con frecuencia, sobre todo en la Academia de que los dos éramos miembros, en esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. En ella continuamos viéndonos una y otra vez hasta la noche en que nos dijimos adiós, sin saber que era para siempre. Al despedirnos le pre-

gunté, más por costumbre que por otra causa: ¿Qué tal andas, Mariano? Y con una sonrisa amable, tal vez un poco triste, me dijo : Yo, bien. Mi cuerpo no tanto. Así nos despedimos, y así le recuerdo.

por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Antonio GARRIGUES Y DÍAZ-CAÑABATE

Sra. de Yela (que no viuda de Yela); señores:

Conocí a Mariano Yela en un momento un poco especial, pues se trataba de las «Conversaciones Católicas de Gredos», de las que fue el alma el P. Alfonso Querejazu; una gran personalidad.

En ellas participaron personas muy significativas, entre las que recuerdo al P. Ramón Ceñal, José Luis L. Aranguren, José Corts Grau, Luis Diez del Corral, Alfonso García Valdecasas, el P. Luis Gutiérrez, Pedro Laín Entralgo, José Antonio Maravall, Julián Marías, José Antonio Muñoz Rojas, Primitivo de la Quintana, Juan Rof Carballo, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Mariano Yela y yo mismo.

Sobre estas Conversaciones se publicó un libro: «Alfonso Querejazu - Conversaciones Católicas de Gredos». En ellas intervino mucho nuestro compañero Olegario González de Cardedal, que fue, además, muy amigo del P. Querejazu, del que creo que hizo una presentación de los escritos inéditos. Pues bien, de ese libro les voy a leer unos párrafos escritos por nuestro compañero y amigo Mariano Yela:

«Presencia sacerdotal», es el título de su intervención, y dice en ella: «No era fácil, hacia la mitad del siglo, encontrar un grupo de hombres hechos al estudio y atentos a las realidades de nuestro tiempo con quienes dialogar, sin consignas, en una perspectiva histórica y ecuménica y en un clima de armonía, libertad y respeto.

«No era fácil, al menos, para mí. Y lo necesitaba. Volvía yo entonces a España después de algunos años de estudio por otros países. Tenía mis libros, mis ilusiones y mi juventud. Tenía mis amigos y colegas de trabajo. Cultivaba con ahínco mi pequeña parcela. Pero no me bastaba. Buscaba lazos más hondos con los hombres y con la tierra, más vida de fe, más verdad en la vida, un aire más claro y más libre. No lo encontraba. Y cada vez me sentía más solo en mi rincón.

«Un día me invitó don Alfonso a las Conversaciones de Gredos. Fue como una pascua en las alturas: un grupo de hombres libres por las cimas solitarias, con el

aire puro y el agua naciente, entre los pinos, los helechos y el piorno en la breña. Era un poco como un nuevo «Jardín de Epicuro», tal y como lo describe don Alfonso en su «Filosofía». No es un instituto científico o un centro de investigación o enseñanza, es una reunión de amigos, una amable convivencia...».

Nada más, señores, ¡Muchas gracias!

**por el Académico Correspondiente
de la Real Academia Nacional de Medicina
Excmo. Sr. D. Francisco MORA TERUEL**

Con estas notas quiero dedicar un recuerdo y una brevísima reflexión al pensamiento de Mariano Yela. Pensamiento último realmente, ya que pienso que el ensayo publicado por él en el libro «El Problema Cerebro-Mente» (Alianza Editorial) que he editado yo mismo, refleja unas meditaciones personales que desbordan el marco estrictamente académico de la Psicología en el que Yela ha hecho aportaciones tan profundas como significativas. Sean pues estas notas nada más que un aviso a los estudiantes de la obra de Yela, en tanto que su trabajo, en este libro que acabo de mencionar, bien pudieran extender el significado de sus aportaciones a la Psicología. La oportunidad de publicar estas notas en los Anales de esta Real Academia de Ciencias Morales y Políticas extiende todavía más, si cabe, este significado.

Desde el principio Mariano Yela tuvo ilusión y empeño en escribir este trabajo. De hecho se le solicitó un análisis del problema cerebro-mente desde la estricta perspectiva de su disciplina la Psicología. Sin embargo, Yela vio pronto una oportunidad para hacer expreso lo que íntimamente era motivo de su preocupación filosófica. Es así que me manifestó su intención de reflexionar entorno al yo y su cuerpo. Según me decía, éste era un tema que para él representaba un desafío personal y ésta parecía una buena oportunidad para hacerlo. Llevaba, me decía, algún tiempo queriendo hacerlo al estilo o en la forma en que lo hizo su amigo y muy admirado Laín en su libro «Cuerpo y Alma». Por eso aceptó la invitación como una oportunidad ante ese desafío.

Durante la escritura de su ensayo, tanto como después de terminarla, Mariano Yela mostraba en sus conversaciones conmigo un cierto incomodo por haberse salido del rigor académico de la Psicología y pasar a esas reflexiones filosóficas de raíz tan personal. «Pero ahí está, me decía. No se si será lo que tu esperabas. Pero eso es lo que he podido hacer». La verdad es que con su muer-

te prematura este ensayo se ha convertido, de alguna manera, y como ya he señalado, en una confesión última. Es decir, en un documento que da testimonio de su pensar último acerca de un problema tan de raíz sobre sí mismo y la naturaleza humana.

En su ensayo Mariano Yela se identifica, en muy buena medida, con la posición filosófica de Laín. «Yo soy mi cuerpo, —escribe Yela— una unidad, no una dualidad disyuntiva» Y es entorno a ese pensamiento esencial que discurren sus disquisiciones. Ciertamente hay algunas partes de su ensayo en las que transparente una cierta incertidumbre del discurso, pero pienso que el pensamiento de Yela finalmente se puede resumir en sus propias palabras «No se entiende, con mínima certeza racional, la necesidad de invocar en el desarrollo de sus dinámicos, la acción de una entidad o principio acósmico, substancia o norma substancial inmaterial, mente o conciencia separado o separable, que dirija la estructura personal y corpórea o interactúe con ella, ni, más concretamente, con su cerebro» Y añade, haciendo plena resonancia con el pensamiento de Laín, que bastaría con «conceptualizar racionalmente la estructura del hombre personal y corpóreo, estructura inexistente y vacía sin esa materia concebida no como pura *Rex Extensa*, mecánica y tangible, sino como un «algo» enigmático, intuitivamente inimaginable».